

ton, por trabajos de mis amigos que se habian enterado de lo que pasaba.

En Magdalena recibí cartas de Guadalajara en contestacion á otras mias asegurándome que nada tenia que temer del general Rocha gefe de la guarnición, respetándose el carácter que llevaba de comisionado. Entonces proseguí tranquilamente mi camino; pero en la hacienda de la Venta, á siete leguas ya de Guadalajara, me encontré una fuerza federal de cincuenta hombres: el oficial que los mandaba de apellido Garduño, se acercó á la Diligencia y preguntó por los presos.

—¿Cuales presos? le pregunté.

Entonces pronunció nuestros nombres, el mio *in capite*.

—No los conozco, ni vienen atras á lo que parece, le contesté sin inmutarme.

Durante este pequeño coloquio las personas que venian en la Diligencia me ayudaron con su circunspeccion á tener el mayor disimulo, sin llegar con la menor palabra imprudente á despertar las sospechas del oficial, quien nos dejó proseguir nuestro camino. Dejé el carruaje antes de llegar á la garita en donde nos esperaba otra escolta y al caer la tarde penetré á la ciudad por calles estraviadas.

Permanecí oculto durante dos dias y al tercero volví á tomar la Diligencia para la capital con el nombre supuesto de Isidro Flores, que fué el primero que se me ocurrió al tomar el boleto en la madrugada, observando algunas otras precauciones para burlar el espionage que se ejercia sobre los pasajeros.

CAPITULO XV.

FERROS DE PRESA.

Habia llegado sin tropiezo á Lagos en donde me consideraba ya seguro de toda persecucion, cuando se presentó en mi alojamiento el gefe político diciéndome que acababa de recibir una orden telegráfica para reducirme á prision. Era un buen amigo mio por fortuna, el Lic. Don Albino Aranda, y convenimos en que se descartaria contestando que el mensaje le habia llegado despues de la salida de la Diligencia, para lo que le daba pretesto la circunstancia de que la línea telegráfica solo llegaba entonces á S. Juan de los Lagos, distante diez leguas.

Al llegar á México consideré que ya eran inútiles las precauciones, creyéndome en puerto seguro, y di mi verdadero nombre en el Hotel donde tomé habitacion. Tenia por una parte la salvaguardia de mi investidura de comisionado y mi fuero de representante,

y por las otras estaba seguro en mi conciencia de que mis actos públicos no podían ser penados por las leyes.

En la misma noche solicité una audiencia del Sr. Vallarta, que era á la vez el Ministro del interior, quien me la concedió en el acto citándome para el día siguiente en su casa.

Acudí con exactitud á la cita y entregándole los poderes de que estaba investido, le expuse el objeto de mi misión, manifestándole que los jefes del movimiento de Sinaloa, al someterse al gobierno, la única condición que imponían era ser juzgados por un tribunal imparcial, lejos de la influencia de sus enemigos políticos.

—Me parece muy justa esa pretension, me contestó el ministro y ofrezco hablar al Presidente sobre el particular si V. lo desea.

—No he venido á otra cosa.

—Pero es el caso, añadió, que si el Presidente sabe que V. se encuentra en la capital le mandará aprehender como á una de las personas complicadas en aquel movimiento.

—¿Sería posible? me pregunté interiormente, ¿entonces este gobierno no da garantías á un emisario de paz?

Vino á mi memoria la buena acogida que me dispensó el general Oronoz en Colima en tiempo de la intervencion, sin embargo de que la causa que sostenía la República era irreconciliable con la que sostenía el imperio, y agregué en voz alta:

—No abrigo por mi parte semejantes temores pero aunque fuera así, yo tengo que cumplir con el encargo que se ha confiado á mi lealtad.

—Está bien: hoy mismo trataré el negocio con el Presidente. Y nos despedimos.

Dos horas despues un amigo mio, el Sr. Felipe Rubalcaba, se presentó en mi cuarto con un recado del ministro que me llenó de sorpresa: el Sr. Presidente al saber que me encontraba en la capital, habia mandado llamar á D. Juan José Baz, Gobernador del Distrito Federal, y personalmente le habia dado la orden de que me aprehendiera. En consecuencia, debia tomar por mi parte las precauciones que juzgara prudentes.

Esas precauciones fueron por de pronto cambiarme á otro hotel y seguir con mi nombre supuesto, resuelto á no salir de la capital sin obtener alguna resolución respecto del fin que llevaba.

No salí de allí tan pronto que no viera llegar al hotel que abandonaba á cuatro agentes de policía haciendo gran escándalo, como si se tratara de la captura de un gran personaje.

Conoci que la cosa iba seria y mientras me proporcionaba mejor escondite, me instalé en el hotel del Bazar en donde casualmente vivían Apolonio Angulo y otros de mis amigos.

La policía de México, que suele ser lista cuando quiere, ó siguió mis huellas ó andaba buscándome entre los nuevamente instalados en los Hoteles, el caso fué que al día siguiente á la hora de estar en mi

cuarto escribiendo alguna correspondencia, se me presentó un individuo de mala catadura diciéndome:

—¿Es V. D. Fulano de Tal?

—No señor, le contesté.

—Pues el sastre me dijo que aquí debería encontrarlo.

—¿Que sastre?

—El francés.

—¿Y que es lo que desea el sastre francés?

—Probar á V. la ropa.

Evidentemente estaban un tanto cuanto bien informados, toda vez que en aquella misma mañana me había mandado hacer un traje en una sastrería francesa.

En un segundo me puse en guardia y contesté:

—¡Ah! V. se ha equivocado de cuarto.

—No señor: V. mismo es D. Fulano de Tal.

—¿Y á que había de negarlo?

—Voy á avisar pues.

—Vaya V.

Y mi hombre bajó la escalera.

Luego entreabré las hojas del balcón con vista al patio y me puse á observar.

El individuo estuvo cambiando algunas palabras con otro que le aguardaba en el zaguan.

Este otro tenía una pistola al cinto.

Comprendí que no me había equivocado en mis sospechas, y sin tiempo para otra cosa oculté ó destruí algunos papeles que podían comprometerme en una pesquisa.

Pocos momentos despues se presentaron los dos individuos en la puerta de mi cuarto. Yo estaba escribiendo tranquilamente con mi gorro calado y una blusa de lino puesta. Rayaba el papel y formaba una factura de efectos en que estaban mezclados el arroz y el azúcar con las telas, los paraguas y los sombreros, dando á mis mercancías de seguro los precios mas extravagantes.

—¿D. Fulano de Tal? preguntó el nuevamente llegado.

Despues supe que era nada menos el gefe de la policia llamado Mucio Reyes.

—No vive aquí, contesté sin volver la cara.

Entonces empecé á sumar en voz alta:—Cuatro arrobas de manteca y cinco de sal...

—Me han dicho que V. es.

—¡Hola! dije volviéndome á mirarle con desfachatez, ¿tambien V. viene á probarme la ropa?

Y lancé una carcajada que desconcertó mucho á mis hombres, pues se alejaron un poco, hablaron algunas palabras y luego volvió solo el gefe diciéndome ya sin rodeos:

—La verdad es que venimos á aprehender á D. Fulano de Tal de órden del gobernador y que segun los informes que hemos recogido V. es la persona que buscamos. Dése V. por preso.

Una carcajada mas franca que la anterior fué por de pronto mi única respuesta: el otro entró y ambos policías quedaron mirándose con aire atónito.

—Amigos míos, les dije luego con el tono mas bo-

nachon que pude encontrar, se han estado burlando de vds. de una manera lastimosa. Yo no soy sino un comerciante del interior que vino casualmente en la misma Diligencia que trajo á la persona que vds. buscan, con quien llevo algunas relaciones, y la cual, si no me equivoco, está alojada en Iturbide. No obstante, si el señor gobernador me necesita, estoy pronto á acudir á su llamamiento. Solo suplicaria á vds. me dieran el tiempo necesario para terminar estas facturas que deben marchar hoy mismo por el correo.

Como les hablaba en tono serio á la vez que les enseñaba mis supuestas facturas, empezaron á vacilar y á mirarse. Entonces creí completar el golpe diciéndoles:

—Yo me llamo Isidro Flores: soy comerciante de Leon. Vean vds. mi nombre en el boleto de la diligencia. Les autorizo para registrar mi equipaje, pueden ver mis papeles.....

—No señor, no es necesario.....

—En fin, acompañaré á vds. ya que el Sr. Gobernador lo desea.

Y di providencia para prepararme á salir.

—Señor, me dijo en medio de algunas otras excusas el gefe de la policía, vd. perdone, vamos á dar aviso de lo que pasa, y el Sr. Gobernador resolverá.

Mis dos hombres salieron á reculones, bajaron la escalera, y luego que les ví atravesando el patio, coloqué mis principales papeles en la bolsa de mi levita, me la puse, me calé el sombrero hasta los ojos y salí del cuarto dejándolo cerrado con llave. Al llegar á

la puerta del hotel, observé que se habia quedado de centinela uno de los agentes, y haciendo como que me limpiaba el sudor con el pañuelo, me cubrí con él por el lado que ocupaba aquel, y pasé sin novedad.

Tomé el primer coche desocupado que me encontré, le hice recorrer varias calles sin rumbo fijo, le dejé y tomé otro por si hubiera sido seguido y tomado el número y di orden de ser llevado á Palacio en donde estaba reunido el Congreso antes de que se incendiara el salon de sesiones, despedí el carruaje y me esperé dentro á que se hiciera de noche para salir confundido con los diputados. Acompañado de dos de éstos uno de ellos era Ricardo Prlacio á quienes referí la aventura, por tener en ellos plena confianza, me fuí á una peluqueria, me hice quitar labarba, y provisto de una peluca y unos anteojos, quedé tan completamente disfrazado, que podia desafiar á mis amigos mas íntimos á que encontrándose conmigo en las calles pudieran reconocerme.

Me refugié en la casa de un pariente que era á la vez juez de 1.^ª instancia, y el coronel Apolonio Angulo quedó encargado de llevarse á su cuarto mi equipaje para remitírmelo mas tarde, si era que llegaba á cesar la vigilancia.

Una circunstancia enteramente casual, vino á darme un respiro de tres dias para arreglar algunas cosas que me interesaban, y entre otras recoger la resolucion respecto de Toledo, Granados etc. que fué favorable.

Habiendo mostrado yo á la ventura el hotel de

Iturbide para encontrar á la persona que buscaban, la policia atrapó allí á un coronel de mi mismo apellido que llegaba del interior y dieron con él en un calabozo, celebrando la victoria alcanzada.

Solo cuando vino á averiguarse el *quid pro quo* por diligencias del preso, volvieron á redoblarse las pesquisas, pero la pista estaba perdida y aun llegaron á entender que habia abandonado la capital. Ya me tropezaba en las calles con mis mismos perseguidores sin que sospecharan mi presencia. Una vez estuve en el Teatro al lado del gefe de la policia y debajo de la platea que ocupaba el Gobernador con su familia. En otra vez hicimos aquel y yo el viage de México á San Angel en un mismo wagon.

Probablemente se habia dado la orden de que se vigilara á mis amigos, y uno de los mas marcados por haber recogido mi equipage del hotel, era el coronel Angulo que á la vez ocupaba el puesto de diputado, porque en una tarde que paséabamos juntos al entrar en la calle de Cadena observé que un hombre se fijaba en mi con mucha atencion.

Seguimos andando y al dar vuelta por la Monterrilla el hombre nos siguió pasándose á la acera del frente, pero sin perdernos de vista.

—Allí viene uno de los agentes de policia, le dije á mi amigo oprimiéndole el brazo ligeramente, desde hace rato viene siguiéndonos.

—¿No será preocupacion tuya?

—No: mirale con disimulo, es aquel del saquito negro y sombrero aplomado. Anda, si nosotros anda-

mos, y se detiene cuando nos detenemos.

—Vamos apretando el paso.

Anduvimos de prisa buscando un coche inutilmente porque á la sazón no los habia. El agente no nos perdia pisada.

—Llévame á cualquier hotel ó edificio que tenga dos puertas: tu detienes al hombre con cualquier pretesto mientras yo me voy por el otro lado.

Entramos á la Gran Sociedad por los billares, en donde Angulo debia contener al policia, y yo corri á escaparme por la puerta del Hotel: allí estaba ya mi hombre, que habia adivinado nuestros intentos.

Se me incorporó Angulo y seguimos recorriendo calles, seguidos mas de cerca de aquel infatigable agente.

Temiendo que pudiera ponerse en contacto con otros haciendo mas dificil mi escapatoria, dije á Angulo:

—No se atreve á ponerme la mano por respeto á tí. Vámonos separando para que suceda lo que ha de suceder, y no me pierdas de vista: tal vez necesite de tu auxilio. Mi salvacion dependia de un carruaje vacio que no podia encontrarse por ser dia festivo.

Hicimos la maniobra con el correspondiente apretón de manos en señal de despedida.

No habia dado cinco pasos, cuando el agente de la policia me alcanzó y dijo á mi espalda:

—Señor Flores.

Seguí andando como si nada.

—Señor Fulano de Tal.

Pronunció mi nombre verdadero y fué lo mismo.

—Pues como quiera que vd. se llame ríndase á prision.

Me detuve y le pregunté sonriendo:

—A mi es á quien vd. se dirige?

—Si señor: tengo orden de llevármelo preso.

—A mi?

—A vd. ¿No es vd. la persona que venia con el Sr. Angulo?

—Es cierto, pero....

—Nada: lo que vd. tenga que alegar lo oirá el Sr. Gobernador, quien nos está esperando en la esquina.

Estas palabras me hicieron estremecer, y aunque ya me consideraba perdido, recurri al último extremo añadiendo:

—El caso es que vd. me toma por otro y esto me perjudica porque me distrae de mis ocupaciones.

—¿No me conoce vd.? preguntó con risa maliciosa.

—Ni pizca.

—Pues yo si le conozco á vd. á pesar de los anteojos verdes y la peluca de largos bucles. Nos vimos por la primera vez hace unos veinte dias en el Hotel del Bazar. Yo soy el oficial de la sastreria.

Crei inútil seguir negando y contesté prontamente:

—En efecto, soy el mismo y ya veo que estoy descubierto por vdes. que son mas listos que yo.

—Pues andando.

—Y á donde he de ir?

—A la Diputacion.

—Todavía no.

—¿Como!

—Deseo que tengamos antes un momento de conversacion: ¿gusta vd. de tomar una copa?

—No tomo.

—Alguna otra cosa?

—Nada.

—¡Malo! dije para mis adentros, este hombre recibió ya una leccion de incorruptibilidad.

—¡Vamos á la prision! exclamé, echando á andar resueltamente.

El agente me siguió sin murmurar palabra.

Al llegar á la puerta de la Diputacion me detuve bruscamente y le dije: —¿Que puede vd. hacer en mi favor?

—Todo lo que vd. guste, con tal que no se oponga á mis deberes.

—Pues retirémonos de aquí para hacer á vd. mis encargos.

Nos retiramos hasta la puerta del Café de Fulcheri y sacando allí el dinero que traia en el bolsillo, unos ocho pesos, lo pasé al suyo diciéndole:

—Es mi voluntad, en primer lugar, hacer á vd. este pequeño regalo.

—No señor....que....

—Vd. no puede quitarme este derecho.

La fiera empezó á domarse: sonrió.

—En segundo lugar, quiero prestar á vd. un gran servicio. ¿Cuanto gana vd?

—Treinta pesos.

—Pues yo voy á recomendarle con mi amigo el ministro para que le dé un empleo de sesenta.

Abrió los ojos cuan grandes eran, y exclamó:

—¿De veras me podrá vd. conseguir un empleo de sesenta pesos?

—No tenemos que hacer otra cosa sino irnos derecho á la casa del ministro de gobernacion que, como vd. sabe, está por encima del gobernador.

—¡Ah!...pero el Sr. Baz me está esperando.

—¡Que lo ha de esperar!

—Le he mandado decir con un compañero que ya estaba vd. asegurado al tiempo de estarlo persiguiendo.

—Ya mañana no volverá vd. á este oficio.

—Me castigarán.

—El ministro se encargará de salvarle de cualquier pena.

—Pues vamos, en la inteligencia de que no me vendo, de que lo hago esto con vd. por simpatía.

—Por mi linda cara! dije interiormente.

Llamé á Angulo que estaba cerca, le conté en breves palabras lo que habia sucedido, echamos á andar y ordené con autoridad al policia que nos siguiera á tres pasos de distancia.

—¿Y vamos á salir alli con esta embajada?

—Lo que pienso es ganar tiempo.

Llegamos sin haber formado plan alguno, prevenimos al policia que nos esperara en la puerta, Angulo recordó que en el entresuelo vivia el diputado Jesus Castañeda muy amigo suyo, alli estaba, le contamos el caso y él con una viveza de carácter que le es natural, dijo luego:

—No hay cuidado, la casa se presta para hacer una buena jugada: siga vd. ese pasillo oscuro, al pié de él está la escalera de los criados, por alli salga mientras Angulo hace subir al policia por la escalera principal.

El mismo Castañeda me colocó detras de una puercecita que habia de abrir cuando sintiera los pasos por la escalera, para lanzarme al patio y luego á la calle.

Escuché la voz de Angulo que iba hablando con el policia y cuando entraron al despacho de Castañeda, sali de mi escondite: en el patio me encontré con el señor Ministro que llegaba acompañado del general Ogaizon y de otras personas. No me detuve á saludarles siquiera. Tomé el primer carruaje que me encontré, fuí á depositar mis cartas en el correo y luego me dirigí á mi alojamiento bendiciendo los nombres de Castañeda y de Angulo que tanto me habian servido en aquella noche para librarme de una afrentosa prision.